

CONFERENCIA

LEIDA POR EL

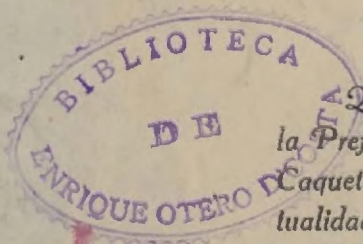
Rvmo. P. Fr. Fidel de Montclar

Prefecto Apostólico del Caquetá y Putumayo,

en el Teatro Faenza,

el día 20 de agosto de 1924, con motivo del

Congreso Nacional de Misiones.



Que fueron antes de la creación de la Prefectura Apostólica los territorios del Caquetá y Putumayo; que son en la actualidad; que pueden llegar a ser (1).

(1) Sobre el primero y segundo punto está para publicarse un importante trabajo, obra de los PP. Misioneros Benigno de Canel de Mar y Gaspar de Pinell, que con carácter de informe se presenta este año a las altas Autoridades eclesiástica y civil de la República.

MCMXXIV

CASA EDITORIAL MARCONI - BOGOTA

CONFERENCIA

LEIDA POR EL

Rvmo. P. Fr. Fidel de Montclar

Prefecto Apostólico del Caquetá y Putumayo,

en el Teatro Faenza,

el día 20 de agosto de 1924, con motivo del

Congreso Nacional de Misiones.



Que fueron antes de la creación de la Prefectura Apostólica los territorios del Caquetá y Putumayo; que son en la actualidad; que pueden llegar a ser (1).

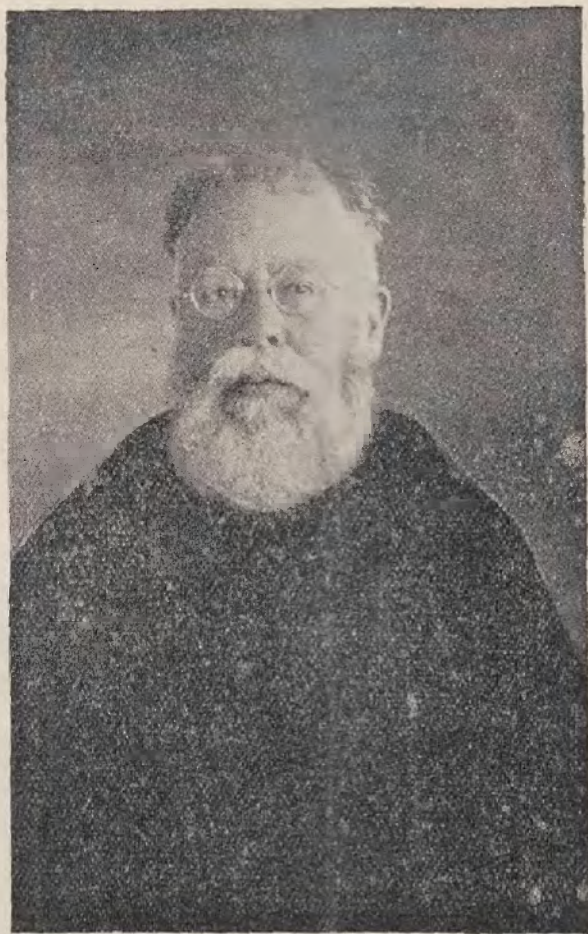
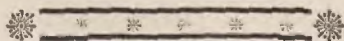
(1) Sobre el primero y segundo punto está para publicarse un importante trabajo, obra de los PP. Misioneros Benigno de Canal de Mar y Gaspar de Pinell, que con carácter de informe se presenta este año a las altas Autoridades eclesiástica y civil de la República.

M 283 Pza 17

Ej 2

MCMXXIV

CASA EDITORIAL MARCONI - BOGOTA



Rvmo. P. Fidel de Montclar

Misionero Capuchino y Prefecto Apostólico del
Caquetá y Putumayo.

Excmos. e Ilmos. Señores:
Señoras, señores.

Subían penosamente dos franciscanos capuchinos, montados en humildes cabalgaduras, por el fragoso camino que conduce a la ciudad de los Pastos. La Santa Sede acababa de crear la Prefectura Apostólica del Caquetá, y los Superiores los destinaban a la nueva Misión. En su viaje ascensional por los Andes más de una vez han dirigido la mirada hacia la cadena de montañas envueltas perennemente en densas nieblas, tras las cuales se dice está el territorio que deben misionar. En el archivo del antiguo convento de franciscanos de Popayán han hallado documentos raros y en los pueblos de tránsito recogido extrañas noticias: algunas personas les han referido sucesos funestos, cosas espeluznantes de aquel país....

Han dejado las cabalgaduras; tienen ante sí una imponente cordillera que deben atravesar para llegar a la Misión. Preguntan ¿por dónde es la entrada, cuál es el camino? Se les contesta que ellos deben abrir el camino y forzar la entrada. Del otro lado de esas elevadas cumbres se adivina una región misteriosa de donde debe estar alejado todo humano consuelo, allí deben



Vista parcial de la laguna «La Cocha» origen del río Gamués, afluente del río Putumayo, a 2900 mts. sobre el nivel del mar.

de tener su asiento la tristeza y la melancolía; hasta en esos téticos peñascos les parece ver escritas las siniestras palabras que Dante leyera en la entrada de otro fatídico lugar. Dura es la prueba a que se pone su vocación de misioneros.

Lo sublime del sacrificio, la belleza y poesía de lo heroico, que tanto les había seducido, parece que han perdido sus encantos. Es necesario apelar a los más elevados y poderosos motivos para no desfallecer.

En Dios puesta su confianza se deciden, y apoyados en un largo bordón y con la menos ropa posible para aligerar el peso, emprenden la subida, y después de grandes esfuerzos logran salvar la cordillera y coronar la altura: están a más de 4.000 metros sobre el nivel del mar. Sienten mucha fatiga y



Peñascos de la cordillera que hubo de atravesar para llegar al Putumayo. Era preciso agarrarse de las partes salientes de las rocas y poner las puntas de los pies en las hendiduras de las peñas para trepar por los escarpados montes.

ganas de descansar; pero es peligroso detenerse. Prosiguen la marcha para no quedar helados en aquellas cimas; orillando las peligrosas ciénagas formadas por las nieblas que coronan eternamente aquellos gigantes americanos, hunden los pies hasta la rodilla en las heladas aguas de aquellos páramos andinos.

Son muchas las horas que llevan de camino, y las fuerzas les van faltando. Tratan con inauditos esfuerzos de salvar la barrera que separa dos mundos: el civilizado y el salvaje. Ateridos de frío, extenuados por la fatiga, sus pies sangrando y aturdidos por la lluvia que un viento frío y huracanado les arroja a la cara, llegan a temer que acabe allí su misión. Hacen un supremo esfuerzo, y sin tiento y casi sin aliento logran iniciar el descenso de la vertiente opuesta. Protegidos por algunos arbustos de una vegetación rudimentaria pasan la noche más penosa y triste que imaginarse pueda. ¡Oh qué penosos son los comienzos de nuestro apostolado! dicen los fatigados

misioneros, no nos abandonéis, Señor. Consiguen al siguiente día divisar, no la tierra de promisión donde mana leche y miel, sino una inconmensurable y enmarañada selva donde el puma y jaguar, en consorcio de enormes y venenosas serpientes, le disputan al indio el dominio de aquellas incultas regiones. Hé aquí la heredad que el Padre de Familias les encomienda para que se la cultiven.

Veamos, señores, qué país es éste : Qué era antes de la creación de la Prefectura Apostólica : Qué es en la actualidad : Qué puede llegar a ser.

**

1.º Sentado sobre un vetusto y carcomido tronco de un gigantesco árbol que debió ceder al peso de los años o de los siglos, trata uno de los misioneros de darse cuenta del país. Ha llevado consigo varios papeles y los hojea con ansia y viva curiosidad. En los documentos recopilados por don Antonio B. Cuervo, lee que en el siglo XVIII los franciscanos hicieron va-



Hemos arrimado a la playa para pasar la noche.

rias entradas al territorio, que en ellas sufrieron grandes fatigas, corrieron muchos peligros, y algunos perdieron la vida en manos de los indios o a consecuencia de las enfermedades; pero que merced a su constancia y sacrificios convirtieron en las dilatadas provincias del famoso Caquetá, Mocoa y Putumayo 48 tribus de gentiles.

Halla luégo en el tomo IV de Misiones católicas que en el año 1765 el Teniente Gobernador y los oficiales reales de Popayán informaban que los misioneros habían descubierto y convertido nuevas naciones de indios en diferentes regiones desconocidas; que el Padre Fray José Joaquín Barrutieta misionó el Andaquí; que el Padre Fray José Cuervo fundó la Concepción. En la misma obra del doctor Cuervo halla otro extenso informe del Padre Fray Bonifacio Castillo, que, con fecha 17 de abril de 1773, rinde al Gobernador y Comandante general de Popayán sobre los trabajos verificados en las misiones del Caquetá y Putumayo; encuentra allí que en las riberas del último habían fundado los pueblos de San Diego, El Seráfico Padre, San Antonio, Agustinitos y la Concepción; que desde este pueblo en cuatro días se llegaba a Santa María, otro pueblo que habían fundado en el Caquetá.

Lee en *Varones ilustres de la Orden Franciscana* que los franciscanos de Quito, entrando por el río San Miguel, donde había una ciudad llamada Ecija, navegaron el Putumayo, evangelizaron varias tribus de indios antropófagos; pero que en una sublevación perdieron la vida casi todos, llegando los pocos sobrevivientes a Ecija en el más lamentable estado. Se informa, por los documentos hallados en este libro, que al terminar el siglo XVIII las misiones de aquellos territorios se habían reducido a la más mínima expresión, lo que motivó la creación del Obispado de Mainas y su agregación al Colegio de Propaganda Fide de Ocopa, confiado a los franciscanos, y la expedición de la famosa cédula real del año 1802, en la que el Perú hace estribar sus derechos,

Lee a continuación las interesantes cartas del jesuita P. Laínez, que a mediados del siglo XIX pasó como una nube benéfica por aquellos parajes, muriendo a los dos años víctima de su apostólico celo. Hojea la novelesca relación de don Rafael Reyes, admira el tesón y constancia de aquel hombre y de sus compañeros; le sorprende el arrojo y espíritu aventurero de los caucheros que en los últimos tiempos se internaron en aquellas selvas, dominaron a las feroces tribus de antropófagos y extrajeron enormes cantidades de goma.

¿Qué maldición pesará sobre esta infortunada tierra, se pregunta,—dejando a un lado los papeles,—para que hayan fracasado tantos sacrificios, tan diversos ensayos y combinados esfuerzos para sacarlo de la barbarie? ¡Ni el heroísmo y abnegación de los misioneros, ni el espíritu aventurero de los quineros y caucheros, han servido de nada: todo se ha desvanecido como una ilusión, y el Caquetá y Putumayo han quedado nuevamente envueltos en las sombras de una tenebrosa noche sin que por parte alguna se vea clarear la aurora de un hermoso día! No hay motivo para creer que nuestros pobres trabajos y débiles esfuerzos no corran la misma suerte.

Reúne a los pocos hermanos suyos que en aquellas soledades le han precedido y les expone lo que acaba de descubrir en aquellos papeles. Los misioneros, con sus tristes relaciones, extreman la nota pesimista. Han hecho ya algunas excursiones por aquellas selvas, han visitado varias tribus, conocen bastante el país; y aseguran que todo lo que se haga es punto menos que inútil. El territorio es una región vastísima, separado del resto de Colombia

y del mundo civilizado por altísimas cordilleras e infranqueables montañas, sin caminos y sin vías de comunicación: los ríos, aunque algunos sean navegables, no se los puede utilizar porque no hay embarcaciones, fuera de primitivas canoas que invierten meses enteros en los viajes; y aunque las hubiera, el Perú no permite la salida al Amazonas. En una palabra: es un país condenado a eterna barbarie.

Es verdaderamente triste haberse de sacrificar sin esperanza alguna de éxito; pero en fin, dice a sus desalentados hermanos: nos ha enviado Dios, El nos ha de dar la recompensa, no por los resultados que obtengamos, sino según la voluntad con que trabajemos. A los muchos sacrificios de los que nos han precedido añadamos los nuestros; quizás movido el Señor a piedad salve a este infortunado territorio.

Se forman proyectos e idean planes, se ordenan varios trabajos y emprenden nuevas excursiones...

En la orilla de un impetuoso río cuyas aguas al chocar contra las peñas forman grandes olas y temibles remolinos, encontramos detenido al misionero. Lleva varios días de andar por la selva; ha recibido sobre sus espaldas lluvias torrenciales, y en su cabeza ha soportado los rayos de un sol de fuego; ha dejado jirones de su hábito en la maleza y troncos de los árboles, y sus lastimados pies sangran, heridos por los abrojos y asperezas del camino. Ha vadeado ríos con agua hasta el pecho, ha pernoctado en chozas improvisadas, y ha sentido desfallecer sus miembros debilitados por el hambre y el cansancio. Ahora se dispone a pasar el río por una maroma formada de bejucos que los indios han tendido sobre la corriente asegurándolo en los árboles de ambas orillas.



Cómo pasar al otro lado? El Caquetá cerca de la cordillera.

Algunos días después lo encontramos atravesando un profundo y ensordecedor torrente en un tronco de árbol tendido sobre el abismo; luégo bajando como una exhalación en una débil canoa por un impetuoso río y a una velocidad vertiginosa; más tarde en una extensa playa de un anchuroso río, meditabundo y pensativo: parece una estatua; diríase que es una de las mitológicas deidades de la selva. Mientras las aguas se deslizan majestuosas, y los árboles, a la luz de la luna, proyectan sobre la arena misteriosa sombra, llega a sus oídos una inimitable sinfonía de variadísimas voces de innumerables animales que pueblan la selva, distinguiéndose entre todas la del tigre, señor de aquellos bosques. Se halla muy lejos del poblado, está convencido de que es inútil esperar auxilio alguno de los hombres; eso le obliga a dirigirse con más vehemencia al Criador, cuya grandeza se descubre en aquella primitiva e impotente naturaleza. Algunos días después volvemos a encontrarlo delante de una choza explicando a la luz de las estrellas las verdades de nuestra santa Religión a los indios que asombrados le escuchaban; y al siguiente, celebrando el santo sacrificio de la Misa en un altar improvisado con troncos de árboles, mientras acarician su rostro las auras de la vecina selva, y llegan del fondo del bosque misterioso rumores que semejan una plegaria de la naturaleza!

Han transcurrido algunos meses, y nuevamente hallamos al misionero. Después de navegar varios días, de algunos sustos, no pocas molestias y un sinnúmero de peripecias, encontró una tribu de indios. Ignora su lengua, y es preciso hacerse entender con gestos y señas. Por fortuna uno de los indios que le acompañan entiende algo, y le sirve de intérprete. Se afana para aprender su lengua y captarse la voluntad de los salvajes. Estos van casi desnudos, algunos lo están completamente; viven de la pesca y cacería; sus casas son chozas de hojas de palmera. El clima es ardiente, el calor sofocante. El misionero hace esfuerzos para adaptarse a aquel medio. Para ello es preciso que su naturaleza se haga un acróbata, y que sus sentidos, su imaginación y hasta sus instintos aprendan una gimnasia muy difícil y penosa; sólo quedan intactos su inteligencia y su voluntad para hacer brillar en aquellas oscuras inteligencias la esplendente luz de la fe.

Después de algún tiempo ha conseguido que los nuevos amigos que deja en aquella selva lo despidan con cariño y que lo recuerden en su ausencia; hasta le suministran preciosos datos sobre la existencia de otras tribus, y alguno se ofrece a acompañarle. Emprende una nueva correría, pero ahora no embarcado, sino a pie, por dentro de la selva y bajo una bóveda inmensa formada por las ramas de corpulentos y seculares árboles, que se prolonga por varios días. Atraviesa ciénagas, vadea ríos, duerme debajo de los árboles; pero todo lo da por bien empleado porque ha encontrado varias tribus y ha podido ejercer su apostólico ministerio y esparcir la simiente evangélica en aquel campo que, si bien harto estéril, se halla ya bajo la influencia del divino Sol que vino a este mundo para hacer germinar toda suerte de virtudes. En unas tribus ha sido recibido con agrado, y su labor ha sido benéfica; en otras, con indiferencia, y ha perdido el tiempo; en algunas, con manifiesta hostilidad, y ha corrido inminente peligro. Ha sentido consuelo por las buenas disposiciones de algunos indios, ha experimentado profundo desaliento por las pocas esperanzas que han dado otros, y ha pasado noches terribles con grandes sustos por las señales inequívocas que ha sorprendido durante el día. En algunas ocasiones sólo una precipitada fuga y el auxilio de indios amigos han podido librarle de la muerte.



Interior de una casa de indios.

Han transcurrido algunos años. Las plantas del misionero han hollado en todas direcciones la selva, y el sudor de su frente y las lágrimas de sus ojos han fecundado aquellas soledades. Se ve ya, como en los días de la creación, al espíritu de Dios cernerse sobre el caos. No tardará en adquirir forma la nebulosa informe que cubre aquel mundo que yace en las sombras y obscuridad de la muerte.

**
*

II—De lo más espeso de la selva parten algunos sencillos y armoniosos cantos que hieren agradablemente nuestros oídos: son alabanzas y oraciones que se dirigen al Criador. Avancemos. Es un grupo de niños que como bandadas de avecillas canta, y como servatos triscan y juguetean en torno de una choza grande que llaman escuela. En su puerta se ve al misionero que con amor paternal participa de la alegría de sus hijos en Jesucristo. Hasta se divisa una capilla construída de ramas de árboles y cubierta con hojas de palmera, y se oye una campana que en aquellas inmensas selvas suena como la voz del Omnipotente que manda salir del caos maravillas no imaginadas.

Tengamos paciencia. Al misionero le llegan nuevos compañeros que, adiestrados con la experiencia por él adquirida, seguirán sus huellas, proseguirán su obra, y, multiplicados los esfuerzos, aumentarán también los resultados. Se hacen nuevos pueblos y se organizan mejor los existentes. Se crean escuelas para los niños y se infunden hábitos de trabajo a los adultos. Se construyen iglesias con material y forma adecuados, y el culto al verdadero Dios reviste un esplendor y majestad que penetra hasta lo más hondo de aquellas naturalezas primitivas.

Está el misionero en pleno período de actividad. Vedlo: Un día lo encontraréis rodado de indios de hurano y feroz aspecto, a quienes enseña

con símiles y comparaciones sencillísimas las sublimes verdades y misterios; de nuestra santa Religión. Otro día lo hallaréis en lo más espeso del bosque; lleva una bolsita de seda colgada del cuello, le descansa sobre el pecho; dentro está la sagrada hostia, el divino Salvador Sacramentado: lleva el Viático a un enfermo. Para llegar a su choza no hay sino una estrechísima senda, los bejucos y lianas de una enmarañada y exuberante vegetación le impiden el paso. Mientras que con la mano izquierda aprieta cariñosamente contra su pecho el tesoro que lleva, con la derecha esgrime un descomunal machete a cuyo filo caen al paso del Criador los tallos y ramas de aquella floresta tropical. Pasados algunos días lo veréis con el hábito levantado hasta la cintura al frente de una cuadrilla de indios, abriendo una trocha o trazando un camino para comunicar más fácilmente un pueblo con otro. Poco después tropezaréis con él talando la selva para hacer sementeras y enseñar a aquellas rudas gentes el modo de beneficiar la tierra sobre la que nos ha puesto el Criador.

Se ha iniciado una transformación radical en aquellas selvas; pero una barrera de escarpadas montañas, helados páramos y profundas ciénagas las tiene incomunicadas con los pueblos civilizados. En ella se han estrellado los sacrificios de los antiguos misioneros, y en la misma se han embotado los bríos y empujes de los quineros y caucheros y cuantos aventureros han intentado penetrar en el territorio. ¡Qué triste suerte la de este infortunado país! Si los misioneros tenemos que abandonarlo prematuramente, si por algún trastorno social, por tantos misterios que oculta el porvenir, se ven estos pueblos incipientes privados de sacerdote, todos nuestros trabajos, los incalculables sacrificios, las halagüeñas esperanzas, todo correrá la misma suerte que lo anteriormente hecho por este infortunado territorio.



Juegos de los niños indígenas delante de la escuela.

Se subleva el espíritu ante tal posibilidad, y los misioneros no se resignan a que sus trabajos tengan ese triste fin. Es necesario, pues, vencer lo imposible: hay que aplanar los montes, rellenar los valles, volar los peñascos y demoler las cordilleras. La época de los milagros no ha terminado. Los misioneros se transforman en zapadores y los sacerdotes en ingenieros y acometen lo que se había tenido por imposible: la apertura de un camino desde Pasto al Putumayo, a través de los Andes, sobre helados páramos y en montañas de granito. El milagro se obró; y se aplanaron los montes, y se rellenaron los valles, volaron los peñascos y dieron paso las cordilleras.

Es imposible referir en pocas palabras la historia de aquella prodigio-



Camino del Putumayo construido por los misioneros Capuchinos. En trayectos de muchos kilómetros se le labró en peña viva, en altísimas y enhiestas rocas.

sa obra y enumerar los sacrificios que su realización demandó a mis abnegados hermanos los misioneros del Caquetá. Obra de «titanes» la llamó el general Lucio Velasco, en carta dirigida al Ministro de Guerra, después de su excursión al Putumayo. De «trazado magnífico y a la vez admirable, dada la naturaleza y constitución del terreno», lo califica el general Ernesto Borrero, comandante de la fuerza acantonada en Puerto Asís. «Maravilla el atrevimiento con que la obra fue concebida y más aún la economía y rapidez relativas con que se ha ejecutado», exclama el ingeniero Samuel Chaves, enviado por el Gobierno para examinarla. «Allí es donde mejor pueden apreciarse el poder del hombre y la fuerza de la dinamita», dice don Rufino Gutiérrez. «Nada hay semejante, nunca en Colombia se hizo un camino parecido en menos tiempo, con menos gasto y tan sin bombo y aparato», prosigue el mismo testigo de vista, señor Gutiérrez. No es del caso referir otros muchos y muy autorizados testimonios en favor de esta

grandiosa obra que pasma a los mismos que la ejecutaron y la creen exclusivamente obra de la Providencia Divina que quiso salvar al territorio.

Roto el cerco de montañas que encerraba e incomunicaba el Putumayo, llenos de ardor se lanzaron los misioneros a otras arriesgadas empresas, juzgándolo ya todo fácil y hacadero. Acometen la fundición de un puerto y colonia en el Putumayo, que sea la llave de la inmensa región amazónica y eslabón que una las incomparables mesetas andinas de Nariño con las ilimitadas llanuras e interminables selvas que se prolongan hasta el Brasil y Venezuela. Surge Puerto Asís de aquellas soledades en donde antes no se oía sino el rugido del puma y del tigre, y el grazido del loro y guacamayo. Se reúnen los indios de algunas tribus y traen colonos de los diferentes pueblos de Nariño; se talan grandes porciones de selvas y se hacen extensas sementeras de maíz, yuca, plátano, caña, etc. Atravesando todos los Andes desde Tumaco al Putumayo se introducen trapiches, calderas multitubulares de vapor y la maquinaria necesaria para la producción de azúcar en grande escala. Se crea un Orfanato, se funda un hospital, se ponen almacenes de ropa y cuanto puedan necesitar los moradores de la nueva población. El Gobierno nacional, para contener el avance y quebrantar los bríos y amenazas del Perú, manda una fuerte guarnición a Puerto Asís, y la colonia fundada por los misioneros se convierte en una plaza fuerte colombiana.

Todo hace presagiar que aquel puerto será un importantísimo centro en el que se darán cita los comerciantes para exportar al Brasil y Perú los productos de clima frío de Nariño e introducir las mercancías que tan fácilmente por esta vía pueden llegar del exterior. Se prometen los misioneros grandes cosas; su optimismo les hace soñar en un Puerto Asís centro de una fecundísima labor apostólica que, extendiéndose por aquellas inmensidades, no se contenga en las fronteras colombianas.

Llenos de entusiasmo, sueñan en nuevas empresas: poblar aquellas selvas, sembrar de colonias las cordilleras y crear una serie de pueblos que,



Puerto Asís. Alumnos del orfanato.

dándose la mano, unan la Colombia civilizada con la del Putumayo. Han oído decir los misioneros que los hijos de Antioquia son muy honrados y laboriosos, que en el Quindío han hecho prodigios y transformado en vergenes aquellas agrestes montañas. Les falta tiempo para dirigirse allá. Predicando una cruzada recorren varios pueblos de aquel Departamento, reúnen numerosas familias y, desafiando las mil y una dificultades, emprenden, llevando hombres, mujeres y niños, una odisea que dura 40 días; tal vez la primera en Colombia.

Se funda Alvernia. De ella el señor José M. Arango, primer ayudante de la colonia, al año de su fundación se expresaba así: «Nuestra incipiente población está situada en una hermosa altiplanicie, rodeada de verdísimas colinas.... el clima es sumamente suave, temperatura media, veintiún grado centígrado, mejor clima que Medellín.... Existen 18 aberturas cubiertas ya de frutos de todas clases. La feracidad de la tierra es verdaderamente prodigiosa.... No existen mosquitos en el perímetro de muchas leguas». El señor César Acosta, ingeniero encargado de trazar la población, en su informe oficial decía: Es una bella altiplanicie, tanto por el horizonte amplio que permite divisar part. de las selvas del Caquetá y Putumayo, como por los vientos de oriente que la refrescan continuamente de un modo regular. Está bañada por todas partes de agua; con clima sano y delicioso.... rodeada de tierras exuberantes.» Los colonos de Alvernia creyeron de su deber dirigirme un escrito para manifestar su gratitud a la Misión por lo que se había hecho por ellos.

Pero eso no basta; es necesario abrirle nuevas puertas al territorio, y construir nuevos caminos que den vida a las colonias que se crean. Construidos, de cuenta de la Misión, 20 kilómetros de camino para unir Alvernia con Mocoa—y conseguido a fuerza de empeños, que se decreta la construcción de una vía que dé entrada al Putumayo por Alvernia y Mocoa a los pueblos de Huila—se hacen activas gestiones para que se acorte por este medio la comunicación con la capital de la República.



Primeros trabajos de una colonia.

Eso no basta todavía. El territorio es inmenso. Todos los Departamentos, principalmente los vecinos deben contribuir a su colonización. Los misioneros en sus excursiones por el Caquetá habían navegado el Ortegusa, subido por el Hacha y con sus consejos reunido en sus orillas a los restos de las empresas de extracción de quinas y caucho, y con el entusiasmo y espíritu colonizador de los hijos de Huila, fundado Florencia. Los misioneros, por la ruta seguida por los franciscanos en el siglo XVIII, habían llegado a Santa Rosa, cerca del valle de las Papas y fuentes del Caquetá. Con su presencia y consejos se había reanimado aquel casi extinguido caserío, y el Cauca podía ya enviar al territorio sus colonos. Nariño, interesado como nadie en el adelanto del Putumayo, no podía permanecer indiferente. Se había fundado ya San Francisco en un extremo del valle de Sibundoy; faltaba otra colonia en el centro, de la que partiera un camino para dar entrada al territorio a los pueblos del Juanambú; y en un delicioso paraje surgió Sucre con grandes alientos y risueño porvenir.

A los pueblos y colonias les hace falta además de los medios de vida material el alimento del espíritu, la educación civil y religiosa. Para proporcionársela se crean escuelas en todos los caseríos y rancherías donde pueda reunirse número suficiente de niños; y con ingenio, constancia y habilidad se consigue vencer la repugnancia natural del indio a todo lo que sea innovación en sus costumbres; y con los hijos de la selva y de los colonos se forman hermosos planteles de educación en aquellos parajes donde hasta entonces había reinado la más completa ignorancia. Para dirigirlos vienen en nuestra ayuda inteligentes y abnegados preceptores: dos casas de Hermanos Maristas y cuatro de religiosas Franciscanas secundan admirablemente la labor del sacerdote.

El optimismo del misionero es sin igual, su entusiasmo no tiene límites, en su celo apostólico se ha llegado a figurar que muy en breve el Caquetá y Putumayo serán el jardín de Dios, el vergel de la Iglesia, lo mejor de Colombia. ¡No contaba el bueno del misionero con la veleidad de los hombres y la inconstancia de las cosas! Los colonos antioqueños de Alvernia fueron poco a poco decayendo de ánimo y abandonando la colonia porque el camino que debía comunicarlos con el Huila no llevaba trazas de comenzar y quedaban aislados. El arreglo de fronteras entre Colombia y Perú, que debía facilitar la navegación del Putumayo y salida al Amazonas, se iba difiriendo año tras año; los productos de Puerto Asís no podían exportarse, tenían que abandonarse grandes y hermosas plantaciones de caña, plátano, etc.; la ropa, herramienta, medicinas y otros artículos del exterior debían seguir recibiendo por Pasto a un precio fabuloso, y todo eso sin esperanza de verle el fin. Lo dicho, juntamente con las enfermedades que en diferentes ocasiones castigaron fuertemente la colonia, sembró hondo y peligroso desaliento entre los colonos,

Se vio entonces la Misión en la necesidad de extremar todos los medios y acudir con todos sus recursos para salvar aquella colonia, en la que los misioneros tenían fijas tantas esperanzas. Se elevaron memoriales al Gobierno, se hicieron brillantes exposiciones al comercio, se escribieron interesantes informes para dar a conocer las facilidades y ventajas de comunicación por el Putumayo, se pidieron datos a los Consules colombianos de Manaos e Iquitos, etc., se acudió al Obispo de Manaos, al Superior de Capuchinos de aquella ciudad y hasta al Nuncio Apostólico; todo se ensayó para conseguir la navegación del Putumayo.



Puerto Asís. Casa actual de la Misión.

Pareció que el horizonte se despejaba y que mientras se concertaba el arreglo de fronteras, podía iniciarse de un modo particular la navegación que debía salvar a Puerto Asís y a todo el territorio. Con esa esperanza salí para Manaos el Padre Gaspar de Pinell acompañado del doctor Tomás Márquez. Contrata una lancha, la llena de lo que necesita la colonia, y con la documentación legalmente despachada, emprende viaje a Puerto Asís. El cable ha comunicado la fausta noticia. Se almacenan en el puerto centenares de cargas de víveres para llenar la lancha a su regreso a Manaos. En aquel barco están concentradas todas las esperanzas del Putumayo. ¡Pero, después de cuatro días de navegar, a medio camino de Puerto Asís, es detenida por una lancha peruana armada en guerra, que le obliga a retroceder, perdiéndose así la última esperanza!

Con todo, la Misión no se da por vencida, ensaya otros medios, trata de buscar salida a los productos de Puerto Asís por el Aguarico y Napo. Fúndase con ese fin un centro de Misión en Guepí, y se hacen expediciones por la banda del Ecuador para ver si se puede salir al Amazonas por la vía de Napo. Esos empeños tampoco dan resultado. Vino posteriormente la escasez de recursos por la mala situación económica del país, las enfermedades hicieron presa en los misioneros que ocupaban los puntos más avanzados y comprometidos, y nos vimos en la dura necesidad de replegarnos, abandonar puntos estratégicos y hacer esfuerzos extraordinarios para retener Puerto Asís, llave del Putumayo.

Con ayuda de Dios pudimos capear la tormenta. Ha calmado la tempestad, y aunque un tanto maltrechos por la pasada borrasca, hé aquí el estado actual de la Misión.

BIBLIOTECA
D. E.
FRANCISCO DE CORTES

Está dividida en dos secciones principales: Caquetá y Putumayo, que corresponden con alguna pequeña variante a las divisiones civiles del territorio, o sea a las dos comisarías especiales que respectivamente llevan este nombre.

En la primera tenemos dos centros, Florencia y San Vicente del Caguán.

Florencia.—Con su distrito de varios caseríos y pueblos en ciernes, de entusiastas y laboriosos colonos, está en vías de ser un importantísimo centro agrícola y comercial. Se asegura que tiene ya en la actualidad más de 20.000 cabezas de ganado vacuno. Es la capital de la Comisaría Especial del Caquetá. El Prefecto Apostólico tiene aquí permanentemente uno de los principales centros de misión y un Vicario Delegado con facultades de Vicario General. Tenemos también una casa de religiosas franciscanas, alemanas, que dirigen las escuelas de niñas, y son una providencia para pequeños y grandes.

San Vicente del Caguán.—Puerto sobre el río del mismo nombre, y situado casi al comienzo de los dilatadísimos llanos de San Martín, en los orígenes del Yarí. Es una de las principales entradas al Caquetá, y está llamado, al igual de Florencia, a ser un gran centro agrícola y comercial. Hay aquí también residencia de misioneros.

Las dos mencionadas poblaciones facilitan al Huila la penetración a la Amazonia colombiana.

Santa Rosa del Alto Caquetá.—Está situada casi en los orígenes de este caudaloso río; se desarrolla con lentitud, pero en firme, y debido a su ventajosa posición e inmejorable clima atrae a los colonos del sur del Cauca; es capital del distrito que comprende los pueblos de Descanse, Yunguillo y Condagua, y la llave que abre a dicho Departamento la puerta del territorio que será con el tiempo la más rica porción colombiana. Hay también residencia de misionero.



Florencia, Capital de la Comisaría Especial del Caquetá. Una recepción.



Santiago. Escuela de niñas.

Mocoa. Antigua capital de todo el territorio, lo es hoy de la Comisaría del Putumayo. Al igual de las plantas que tienen honda raigambre ha sobre vivido al aislamiento y al abandono en que sucesivamente ha ido quedando el territorio a la salida de los antiguos misioneros, quineros y caucheros. Cuando sea un hecho la navegación del Putumayo, y llegue aquí el importantísimo camino del Pitalito, que dará al Huila fácil y rápido acceso a Puerto Asís, y esté terminada la vía que con idéntico fin el Cauca abre por S. Rosa, será Mocoa uno de los centros más prósperos e importantes del territorio. Es también centro de Misión, que atiende a Limón y Quinoró, puertos en el Caquetá, y a Umbría, puerto en río Guineo afluente del Putumayo.

San Francisco y Sucre. Dos florecientes colonias de nariñenses que, colocadas en las mismas fuentes del Putumayo, son fuertes eslabones de la gran cadena de pueblos que debe unir a Colombia la gran región que tiene por fronteras Ecuador, Perú, Brasil y Venezuela. En el mismo valle se hallan los pueblos indígenas de Sibundoy, Santiago y San Andrés, donde se puede apreciar el cambio obrado en la psicología del indio, en sus costumbres y en su modo de ser; tiene aquí su residencia el Prefecto Apostólico. Hay dos centros de misión, dos casas de Hermanos Maristas y otras dos de Religiosas Franciscanas.

Puerto Asís.—Está situado en la margen izquierda del Putumayo, donde el río es sin interrupción perfectamente navegable hasta el Amazonas; es la llave de nuestra más importante arteria comercial en la gran Amazonia colombiana. Es difícil predecir lo que será ese puerto cuando hayan terminado nuestras diferencias con el Perú; allí se darán cita los pueblos de Nariño, sur del Cauca y Huila para exportar el sobrante de sus productos e importar del exterior lo que les falte. Es uno de los principales centros de misión, la que tiene aquí, un floreciente orfanato a cargo de las Reli-



Sibundoy. Escuela de niñas dirigida por los Hermanos Maristas.

gias Franciscanas. De este punto extienden los misioneros su influencia hasta la frontera ecuatoriana y límites de los territorios ocupados por los peruanos.

En todo el territorio de la Misión tenemos 50 escuelas, con más de 2.000 alumnos; de 15 a 20.000 católicos entre blancos e indios. Somos entre sacerdotes, Hermanos legos capuchinos, Hermanos Maristas y Religiosas Franciscanas 57 misioneros. En el año pasado hubo 86.000 comuniones.

La Misión, puesta su confianza en Dios, dirige la proa al porvenir en cuyos arcanos vislumbra tiempos venturosos para nuestros queridos Caquetá y Putumayo. ¿Qué perspectiva presentan estos territorios? ¿Hay esperanzas de que puedan llegar a ser algo?

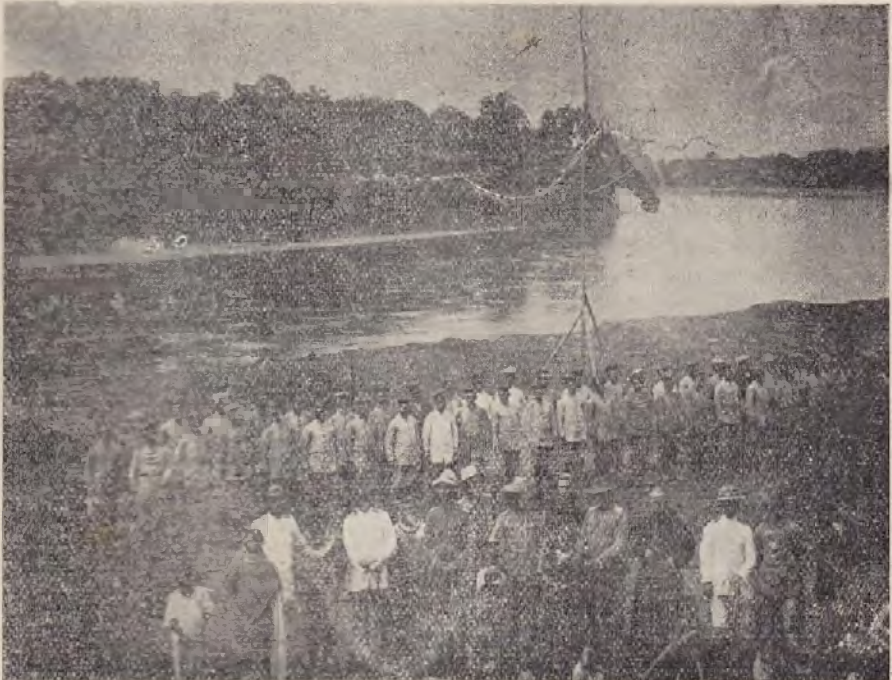
Os invito a dar una ojeada al más grandioso cuadro de la naturaleza, obra única en nuestro planeta. Un lago de miles de kilómetros de longitud y de una superficie casi imposible de calcular. Llega desde Venezuela a la Argentina, y a sus riberas se asoman casi todas las naciones suramericanas. Con justicia se le ha llamado el Mediterráneo de Suramérica. Ese lago que apellidan Amazonas, por medio de los ríos Casiquiare y Negro, se comunica en el Norte con el Orinoco, y en el Sur por el Paraguay y Paraná, con el río de la Plata. A ese mar de agua dulce, que se extiende de norte a sur por todo el Brasil, sale Bolivia por el río Beni, Perú por Huillaga, Ecuador por el Napo, y Colombia por el Putumayo. En ese mar interior se dan

cita Norte América con sus enormes trasatlánticos y las naciones del antiguo continente por los ferrocarriles que cruzan el Africa y ponen a los viajeros y a sus mercancías, en poco tiempo frente a las costas del Brasil, y en ocho días, de París a Sur América.

En las riberas de ese incomparable lago hormiguan las ciudades y en las márgenes de los mil y cien ríos que le tributan sus aguas se ve una constelación de villas y pueblos. De las extensas y frías sabanas que coronan los Andes y de los numerosos y fértiles valles que forman los pliegues de las montañas, desciende constantemente nueva savia humana que sostiene y rejuvenece los pueblos de la llanura, debilitados por las deletéreas influencias del clima tropical.

El intercambio de productos de las diferentes zonas es activísimo: el banano y los incontables frutos tropicales, las resinas, las gomas, la vainilla, las innumerables plantas aromáticas, medicinales o de adorno, las maderas preciosas en infinita variedad, los hidrocarburos y preciosos metales de todas clases, son rápidamente transportados a la cima de la cordillera, y de ésta desciende a la planicie toda clase de cereales, legumbres, tubérculos y productos animales de clima frío.

Merced a los sistemas y medios de locomoción rápida, los hombres en poco tiempo pasan del centro de la Amazonia a las más altas mesetas de los Andes y viceversa. Se han habituado los moradores de la llanura y los de las montañas a emigrar periódicamente como ciertas previsoras aves, y con ese ardid mudan anualmente de estación, regularizan sus humores y normalizan su vida. Con razón el Barón de Humboldt predijo que sería el Amazonas el centro de la civilización del mundo.



Puerto Asís. Primera guarnición militar. Grupo de oficiales, misioneros y algunos indígenas.



En el corazón del Caqueta.

A ese centro mundial sale Colombia, como he dicho, por el río Putumayo que, prestando su móvil lomo, casi desde los mismos Andes, facilita a los hombres y a las mercancías una rápida comunicación con todos los pueblos del antiguo y nuevo continente. Colombia aporta a ese centro un contingente mayor quizás que ninguna otra nación. Una cadena de montañas que extendiéndose desde la frontera del Ecuador llega hasta las fronteras del Guayabero, no lejos de Bogotá, es el marco colombiano del grandioso cuadro que contemplamos. Esas montañas van gradualmente deprimiéndose, formando terrazas gigantescas, valles amenísimos y planos inclinados caprichosísimos.

Se han establecido allí numerosas colonias, y merced a sus condiciones climatológicas han surgido populosas ciudades. Los frutos de todas las zonas, los animales de todas las latitudes, los productos de innumerables fábricas y las industrias de una densa población son transportados al Amazonas por los barcos del Putumayo, alimentados con los petróleos de sus abundantes minas o movidos por la energía eléctrica que producen los innumerables saltos y cascadas de agua de aquella prodigiosa cordillera. En busca de clima frío o templado acuden a nuestras montañas los moradores de los pueblos, villas y ciudades del Amazonas, y el comercio y la emigración son intensos y rapidísimos, pues un canal de cuatro leguas en la Tagua ha unido el Caquetá al Putumayo, y los barcos de aquel río, sin el inconveniente del salto de Araraucua, llegan sin obstáculo al Amazonas.

El cuadro que con tan poca gracia acabo de pintar no es una ficción. Los centenares de miles de colonos que anualmente abandonan el antiguo continente en busca de tierras en donde emplear las energías de que el Creador les ha hecho merced, y las trabas que Norte América pone a la inmigración, darán por resultado, en un plazo más o menos largo, la población del Amazonas, del Caquetá y Putumayo y de los innumerables afluentes suyos,



Quinaró. Caserío de veinte casas sobre el río Caquetá.

y de todos los Andes colombianos que vierten sus aguas en el Mediterráneo suramericano.

Entonces la Misión del Caquetá y Putumayo, dividida y subdividida en diócesis, vicariatos y prefecturas apostólicas, el diminuto e insignificante grano de mostaza convertido en gigantesco árbol albergará bajo su sombra numerosos pueblos, y en sus ramas anidarán villas y ciudades que, como timbre de gloria, en las portadas de sus casas y en la fachada de las fábricas ostentarán la enseña del cristiano, la santa Cruz que recibieron de los misioneros; y las ciudades y pueblos que la fe de los colombianos creara en aquellas soledades, serán los modelos que habrán copiado los pueblos y ciudades que como por ensalmo habrán surgido en las mesetas de las altas montañas, en las risueñas colinas, en los sombríos valles o en el fondo de las enmarañadas selvas. Entonces al canto de gloria, al himno de honor, que en todas partes resonará en alabanza de la Religión Cristiana, irá perennemente unido el venerando nombre de Colombia.



¿Qué medios se deben emplear para que no se frustren tan halagadoras esperanzas, tan risueño porvenir? Cuatro únicamente.

1.º Que Colombia no descuide el apoyo material y moral de las misiones.

2.º Que a todo trance se remuevan los obstáculos que pone el Perú a la navegación del Putumayo. Debe terminar en una u otra forma el bloqueo que hace tiempo sufre aquella rica y extensa región colombiana causa principal, por no decir única, del atraso del Caquetá y Putumayo, y de que los

titánicos esfuerzos de la Misión para civilizar el territorio y catequizar a los indígenas, no hayan tenido todos los resultados que era de esperar.

3.^o Que si no es dable hacer entrar al Perú en razón, se introduzcan lanchas por Tumaco, Yari, Magdalena, o por donde se pueda, y se pasen al Putumayo para iniciar el comercio con el Brasil y con el mismo Perú.

4.^o Que se termine cuanto antes el camino que construyó la Misión, de Pasto al Putumayo. Tiene 150 kilómetros y no faltan sino 50 para llegar a Puerto Asís, a donde arriban sin ningún inconveniente vapores como los del río Magdalena.

Otras muchas cosas necesarísimas, como la terminación de los caminos de Florencia al Ortegusa, de Mocoa a Pitalito, de Santa Rosa a empalmar con el último, y la navegación del río Caquetá, se obtendrán con que se consiga la navegación del Putumayo.

He dicho.

